

# Eros y narcisismo. Amor y beneficencia. (Crítica de la teoría psicoanalítica actual)<sup>1</sup>

R. Armengol Millans

Quien vive bajo la guía de la razón se esfuerza todo lo que puede en compensar, con amor o generosidad, el odio, la ira, el menosprecio, etc., que otro le tiene.

ESPINOSA, *ÉTICA* (IV, PROP. 46)

## Resumen

*El trabajo propone que el narcisismo es la forma primordial y originaria de vinculación de los animales más evolucionados en el período de crecimiento y maduración individual. Este primer tipo de vínculo, necesariamente interesado, está estrechamente relacionado y gobernado por el placer. Sería el tipo de vinculación o «amor» propio de la infancia y de las personas que han tenido un desarrollo con deficiencias cuando no han podido expandir suficientemente el interés por los otros. El humano, al igual que otros mamíferos, cuando todo va bien despliega de forma natural un cierto grado de altruismo que equilibra el necesario egoísmo o narcisismo. Egoísmo y altruismo son programas adquiridos en la evolución de las especies. Y, no deben confundirse los programas con las pulsiones. Se estudia la diferencia entre amor y beneficencia y se examina el fundamento teórico de la moralidad que reposaría en la sensibilidad propia del animal humano, esto es, la piedad o compasión. Expresamente queda propuesto que la primacía acerca del importante cometido concedido al altruismo corresponde a **Aristóteles**. También se realiza una crítica de la teoría psicoanalítica actual y de la política institucional; se critica la concepción ideológica del psicoanálisis concebido y propagado como movimiento. El psicoanálisis debería poder enjuiciarse como una práctica científica y cualquier forma de organización institucional debería ser expresamente democrática.*

## Presentación

En nuestro ámbito cultural suele identificarse amor a *éros*. En el mundo occidental seguramente sucede así por la enorme importancia que siempre se ha concedido al divino **Platón**. Pero tal proceder pudiera ser una simplificación sobre todo si se considera, si no se olvida, que uno de sus discípulos cuando estudió el comportamiento y los móviles de la conducta humana utilizó otra palabra griega también disponible. **Aristóteles** en *Ética* y *Retórica* utiliza *philía*, como antes había hecho **Esquilo** en su *Prometeo encadenado* al tomar la raíz de *philía* para inventar la palabra *philanthropía* que tanto nos dice todavía. Así pues habrá que mantener dos palabras en la mente, porque con una no basta, para poder hablar de amor, de bondad, de narcisismo, de altruismo y de cosas parecidas. De ahí que en el título de este trabajo se hable de amor y de eros separadamente por si fueran conceptos distintos.

El psicoanálisis ya ha hablado mucho de amor, de Eros, de libido o deseo. Quizá ya está todo explicado. Pero tal vez puedan decirse algunas cosas relativas al amor, y a examinar de nuevo qué es hacer el bien a los demás y a los pacientes. Los pensamientos sobre el amor, sobre hacer el bien y hacer bien el trabajo nos pueden ayudar a madurar y pueden contribuir a tener la mente más clara para hacer frente a los futuros retos asistenciales. Podríamos destinar un tiempo a reanalizar algunas concepciones y prácticas humanas de todos los tiempos. Virtud, bondad, amor, deber, placer son algunas de estas cuestiones, fáciles y claras para algunos, difíciles y antipáticas para otros. Empezaré por referirme a la práctica de hacer el bien, la beneficencia, que sería una actuación derivada del amor o, quizá, del deber obligado por la Razón como pretendía **Kant**. Argumentaré sobre los dos tipos de amor enunciados en el título; en efecto, propondré que se entiendan diferenciadamente. En la parte final postularé una definición de narcisismo basada en la intelección de los dos tipos de amor propuestos. Además, en el curso del trabajo iré introduciendo proposiciones muy críticas, o,

simplemente críticas, respecto del trasfondo de la teoría psicoanalítica y de la política del llamado movimiento psicoanalítico, que debería reformarse para el bien del propio análisis.

El primer tipo de «amor» en la vida de la criatura humana es el narcisismo.<sup>2</sup> Se trata del amor primordial que nos acompañará toda la vida. Es el amor interesado o egoísta necesario para sobrevivir y perpetuarse. No obstante, durante el desarrollo de la persona el segundo amor en aparecer, cuando puede haber maduración suficiente, es una especie de antagonista, o de equilibrador del primero, pero no tan poderoso, ni tan frecuente como el amor receptivo. En los animales grupales y territoriales su presencia es absolutamente necesaria, en un grado mayor o menor, para la perpetuación. Así pues, las especies animales más evolucionadas han necesitado de la emergencia de dos tipos de amor perfectamente coordinados. Es evidente que al tipo de amor al que me estoy refiriendo se le conoce desde siempre con el nombre de altruismo –el socialismo decía **Bion** a veces–. En el animal humano este tipo de amor se perfecciona y se complica mucho en relación a otras especies. Se hace tan intrincado y complejo como se complicó la cola del pavo real en relación a otras posibles colas. En nuestra especie, y quizás también en los primates y en los mamíferos marinos, lo contrario del narcisismo o del egoísmo sería un altruismo con miramiento y bondad. O, si hacemos caso de **Schopenhauer**, con filantropía o caridad. Se trata, en definitiva, de ese talante o carácter que lleva a ayudar a los demás, a considerarlos y respetarlos como a personas semejantes a los que se les puede beneficiar, ser beneficiante para con ellos, esto es, hacerles bien.

**Freud** tenía la costumbre de mencionar a filósofos y a literatos para ilustrar su pensamiento. No solía citar a médicos y psicoanalistas y en eso le sigo; hoy me referiré a algunos filósofos. Ya lo he hecho con varios de ellos, acabo de nombrar al perspicaz **Schopenhauer**, enseguida aparecerán **Séneca** y **Demócrito**.

Si medito acerca de mi experiencia profesional me doy cuenta de que la forma de ejercicio que conocí como estudiante y médico joven configuraron muy poderosamente mi práctica durante muchos años. Seguramente, de forma ordinaria, llevados y guiados por el interés y la conveniencia, debemos ser bastante plásticos y amoldables, y tendemos a imitar, muchas veces con poca conciencia, los estilos y formas que son los dominantes o están de moda en nuestros grupos de procedencia y de referencia. En efecto, se observa

continuamente que la actitud o el talante de los maestros contribuye de forma muy decisiva en el tipo de ejercicio que acabará practicando la mayoría de los jóvenes. En los momentos iniciales de mi profesión habría agradecido que algún maestro me hubiera hecho saber, por ejemplo, que **Séneca**, en una carta a **Lucilio**, había escrito: «Desde que han aparecido los doctos, se echan de menos los buenos». Entonces los maestros me hubieran ayudado mucho, a mí y a mis enfermos. Ahora puedo percibir muy claramente que durante largos periodos he estado condicionado y dominado por rigideces y doctrinas, por actitudes imitadas, por estereotipias que han contribuido a que no me comportara con suficiente conciencia, sensibilidad y corrección con mis pacientes. Reconozco que no sólo he cometido errores sino que muchas veces no he actuado con suficiente beneficencia, y, en ocasiones, he ocasionado un mal innecesario haciendo poco caso del sagrado precepto hipocrático –sagrado porque se refiere al sufrimiento humano–: «primero no hacer daño», el conocido principio hipocrático de no maleficencia.

Frecuentemente no acabamos de hacer bien nuestro trabajo. Podemos aplicar correctamente lo establecido como correcto, podemos ser competentes, pero, si hacemos sufrir al enfermo o no hacemos lo suficiente para aliviarle el sufrimiento no acabamos de trabajar bien. Todavía peor si añadimos un nuevo sufrimiento a los que ya tiene el paciente. Quizá, ordinariamente, no somos malos profesionales pero generalmente tampoco llegamos a ser buenos. ¡Y, aunque no es fácil, podríamos ser mejores sin demasiado esfuerzo! Es cuestión de pensar de nuevo la ideología que mantenemos o que nos mantiene, los principios y los valores, aunque la tarea es difícil porque a menudo hay que ir contra corriente. He podido observar, después de años de práctica y de alguna reflexión, que el médico o el psicólogo clínico, que son como un médico de almas, no pueden ser muy buenos profesionales si no intentan observarse, vigilarse y cultivarse como personas que quieren ser buenas. Creo poder concluir que no se es buen profesional si no se es buena persona. En eso estaría muy de acuerdo con **Diego Gracia**. **Gracia** es un profesor de bioética de Madrid, conocido y respetado; en el origen fue psiquiatra, a su vez, discípulo de **Zubiri**, de **Aranguren** y de **Laín Entralgo**, y catedrático de Historia de la Medicina. Siempre me sorprende, a menudo muy agradablemente, la energía y claridad con que a veces expresa este autor sus ideas. En un capítulo espléndido sobre ética médica de un tratado de

medicina interna, **Gracia** escribió: «Hay malos médicos, como también hay malos conductores de automóviles o malos pintores. Los malos médicos no se identifican con los “médicos malos”. Mal médico es el que posee una capacidad técnica insuficiente o incorrecta, en tanto que el médico malo es aquel que la utiliza mal porque es moralmente malo. Un buen médico puede ser a su vez un médico malo, dado que la suficiencia técnica no implica necesariamente la bondad moral, por lo que al médico se le deben exigir ambas características... La pericia en el arte de curar define la “corrección técnica” del ejercicio médico y convierte a quien lo realiza en “buen médico”; la bondad humana, por su parte, define la “bondad moral” del profesional y hace de él un “médico bueno”. Son dos factores imprescindibles, que se reclaman mutuamente: la falta de uno de ellos resulta incompatible con el ejercicio adecuado de la profesión... Sólo el médico bueno puede ser buen médico» (p. 38). ¡Sólo el médico bueno puede ser buen médico! Evidentemente ésta es una sentencia grave. Los requisitos expuestos por **Diego Gracia** pueden parecer o ser demasiado exigentes, pero supongo que habrá un acuerdo general en considerar que si cualquiera de nosotros estuviera enfermo, del alma o del cuerpo, querríamos un médico así o un psicólogo así. Estamos, pues, en el terreno del bien y de la beneficencia, el relativo al principio de beneficencia, uno de los cuatro principios de la bioética moderna (no maleficencia, autonomía, beneficencia y justicia).

Para ser bueno casi siempre se requiere tener la voluntad de conseguirlo porque la bondad no siempre es un don, o nunca es completamente un don. La gran mayoría de las personas necesitan, en más o en menos, cultivar y ejercitar la bondad para llegar a ser buenos. A la vez, algunas personas o muchas personas, las que son más esclavas del potente y poderoso narcisismo, han de vigilar mucho para evitar hacer el mal. Deberían de poner una voluntad que no tienen o que está muy dormida. Para despertar la voluntad buena se necesita de manera general una relación humana que promueva una experiencia amable. ¡Es muy curioso, el narcisismo y el altruismo crecen y se instalan según sea la experiencia habida con los demás! Así, pues, ¿para obrar con bondad no intervendría sólo la voluntad? No sólo. Ésta nace o despierta, y se mantiene, al menos en parte, como un producto de la buena experiencia. Viceversa, las experiencias dañinas adormecen y ocultan la benevolencia. Somos habitualmente débiles e inconsistentes y nos dejamos llevar y gobernar, tal vez, excesivamente

por el propio interés, por lo que está establecido, por lo que es dominante o, simplemente, por lo que está de moda en nuestro medio. De ordinario adoptamos los valores que más nos convienen según sean aquellos que están vigentes. Más tarde, ya no será nada fácil modificar ideas, mitos, valores y principios. En consecuencia, será sumamente importante que el ambiente sea propicio para que se considere estimable el cultivo de las virtudes profesionales, que coinciden con las virtudes humanas de siempre.

Entiendo que la virtud como el amor, que sería una especie de virtud, o algo acompañado de virtud –como muy valientemente propuso **Aristóteles**–, puede crecer y decrecer según sea la experiencia vivida, y esto se observa igual en el individuo que en el grupo, sociedad o comunidad. Hay gente buena de natural; tienen este don más desarrollado que la mayoría. Y, la gente buena puede contagiar a los otros porque el amor y el odio son altamente contaminantes. **Aristóteles** pensaba que la virtud era un hábito,<sup>3</sup> y creía que con esta intelección contradecía a **Sócrates** cuando decía que virtud era conocimiento. Pero, en realidad, una concepción no excluye la otra si se examina bien el problema. **Séneca** explicaba a **Lucilio** que para ser bueno y tener una vida honesta hay que recurrir a «la meditación cotidiana... y el estudio constante hasta que se convierta en rectitud del alma lo que es buena voluntad». El afortunado **Lucilio** tenía a **Séneca** por amigo y tuvo la oportunidad de examinarlo. Pero, hay muy pocos Sénecas en el mundo. Por otra parte, los ambientes y los grupos son muy variados y desiguales en lo referente a los valores. Para mí, la compasión, la bondad y la justicia pudieran ser los mejores valores; para aquél lo sería la inteligencia, el ingenio y la belleza; para aquellos otros el poder y la fama, el honor o la carrera profesional; aquel de más allá apreciaría y necesitaría la doctrina y el deber. Cada medio habitual de formación y ejercicio es dominado por unos valores que lo definen y determinan. También hay gran variabilidad con los placeres: gula, reflexión y estudio, sexo, venganza, vanidad, tóxicos, juego, arte, deporte... ¿Vamos a ver desde más cerca el reino de los valores?

El principio de beneficencia representa un valor inestimable porque si nos dejamos guiar por él se promoverá con garantía el bienestar de los otros. Si en un medio profesional o en un oficio se aprecian y se persiguen con desmesura y parcialidad otros criterios o principios, pongamos por caso el de la rentabilidad, el economicista, el científico, el doctrinario u otros configurados al margen de los intereses del usuario, será muy difícil o incluso

imposible un ejercicio centrado en el bienestar y el bien de la persona o del paciente en tanto que persona si hablamos de la sanidad. En los ambientes pervertidos, o simplemente, en los poco sensibles, pueden ser penalizados los intentos de un profesional de comportarse de una forma expresamente beneficiante. Hasta pueden burlarse de él y pueden surgir calificaciones poco amables de los propios compañeros. De forma general se puede observar que en cualquier comunidad profesional se hace necesario que haya más de una persona con una cierta autoridad, mejor aún si son reconocidos como maestros los que propugnen unos determinados valores para que éstos prosperen y se implanten. Una persona sola es insuficiente porque muy pronto es apartada y derrotada. Uno de los vicios actuales muy extendido, quizá uno de los vicios de siempre según las épocas, es el referente a la descalificación ideológica cuando se habla de virtudes, al revés de lo que ocurre con el humanismo de todos los tiempos, que considera sagradas estas cuestiones. Los grandes ilustrados, **Hume** y **Kant**, **Voltaire** y **Rousseau**, por no movernos de los del siglo XVIII, se inclinaban ante la consideración y análisis del bien y de la virtud. Palabras como amor y beneficencia, virtud y deber, piedad y sensibilidad pueden promover la sonrisa, y, quien las pronuncia corre el riesgo de ser considerado un personaje extraño, instalado o proveniente del pasado. Si es un médico o un psicólogo quien explica o se refiere a este tipo de palabras, colegas ignorantes, carreristas o sectarios pueden propagar que tal persona es como un sacerdote o que no es de este mundo. No obstante, hay que correr riesgos porque estas palabras no es posible desconocerlas. Ignorarlas o despreciarlas es un síntoma incontrovertible de que el grupo que procede de este modo está enfermo y hace daño aunque no lo vea. Una sociedad, una comunidad o un grupo, incluso un partido político o una sociedad científica que no mantengan respeto por estas palabras, tienen áreas de patología grave que suelen ocasionar dolor y daño y acaban generando odio y venganza. **Séneca** dijo que **Demócrito** era un sacerdote del bien porque se ocupaba de hacer propuestas morales fundamentadas, y a la vez construyó, así dicen célebres helenistas como **Jaeger** y **Mondolfo**, una teoría de la conciencia moral. **Demócrito**, el materialista, también fue médico y en nuestra cultura fue el primero en formular una teoría moral immanente. Contrariamente a lo que se piensa, **Demócrito** murió después de **Sócrates**, fue contemporáneo de **Platón** y podría ser, también, que hubiese influido en las propuestas morales del

primero. Un espíritu inteligente, sano y profundo como el de **Séneca** no podía reírse cuando dijo que **Demócrito** era un sacerdote, al contrario manifestaba respeto y consideración. **Séneca** no hubiera sido **Séneca** si hubiese menospreciado el moralismo de **Demócrito**; el hacerlo significaría exhibir un componente enfermizo severo y de mal pronóstico. Nadie se atrevió a burlarse o contradecir las propuestas morales de **Demócrito**; si acaso lo que algunos hicieron, como **Platón**, que a veces recibe el calificativo de divino, fue ignorarlo, no hablar nunca de él.

Hoy en día, como siempre, hay grupos de científicos, políticos, sanadores, ideólogos diversos con pretensiones de cientificidad, que se burlan de la moralidad. Los guía un utilitarismo interesado y superficial aunque ellos y su grupo pueden creerse benefactores y, además, suelen pensar que los gobierna la razón y la ciencia. A su vez, pueden presumir de que no son creyentes o dogmáticos pero nunca se cansan de nombrar, loar, leer y releer personajes que han convertido en ídolos. El falso racionalismo, la propaganda abusiva, la idolatría, las costumbres poco democráticas sin apenas principios justos y la incuria pueden ocultar una convivencia muy pobre de valores humanos.

En el siglo V a. de J.C. **Demócrito**, dos mil doscientos años antes de **Kant**, formula un imperativo cuando opone la obligación moral a cualquier utilitarismo interesado: «Abstente de caer en culpa, no por miedo, sino porque se debe» (frag. 41), en la versión que propone **Mondolfo** de este fragmento. La conocida consideración kantiana aparecida en la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, sobre la voluntad de bien: «No hay nada que pueda ser considerado incondicionalmente bueno (o, bueno sin restricción), a no ser la buena voluntad», es significativamente parecida a la sostenida por **Demócrito** cuando afirma: «No es verdadera bondad el simple hecho de no cometer acciones injustas, sino el no querer ni tan si quiera cometerlas» (frag. 62). Quizá **Kant** no conocía bien la reflexión moral del materialista griego porque sería impensable que el alemán no lo hubiese citado al hablar de estas cosas. Hay que decir, sin embargo, que siempre que se refiere a **Demócrito** no lo trata nada bien.

## Psicoanálisis: teorías ideológicas y práctica beneficiante

Los avances de la tecnología y la farmacología permitirán mejorar y hasta resolver algunas de las

enfermedades actualmente incurables o difíciles de curar, pero no dejará de existir la persona que sufre y que pide auxilio. El respeto por la persona enferma, la compasión, el humanitarismo siempre han sido componentes del tratamiento psicoanalítico o, al menos, de alguna tradición psicoanalítica. Según mi opinión, la tradición que mejor y, expresamente se ocupa de ejercer la beneficencia está bien representada, entre otros, por **Ana Freud, Fairbairn, Winnicott, Nacht, Kohut**. Se trata de psicoanalistas que han dado más importancia a un *setting* acogedor para el paciente que a la interpretación racionalizada. Es una tradición menos especulativa, poco interesada en un intelectualismo del *insight*. Se trata de psicoanalistas, a los cuales me adhiero decididamente, que practican una técnica apenas interpretativa, dialogan y preguntan, y procuran que el paciente se encuentre bien y cómodo en el curso del tratamiento.

No creo en la mayoría de las teorías psicoanalíticas porque son altamente especulativas, precientíficas, como la teoría geocéntrica aristotélica-ptoloméica, y serán efímeras. Cuando el psicoanálisis no cultiva o desdeña, a veces expresamente, la racionalidad y la ciencia, se convierte en una disciplina ideológica. Las ideologías pueden devenir dañosas, sobre todo, cuando se destilan y crecen en sociedades cerradas y jerárquicas en las que no es posible la crítica porque el control del aparato dirigente anula la libertad. En tales casos puede suceder que se generen doctrinas, y los grupos que las comparten entren en una especie de proceso iniciático que conduce al sectarismo y al fanatismo. Siempre ha ocurrido igual: cuando no hay crítica y amor por la libertad surgen creencias –aunque se llamen teorías no son tales–, que acaban haciendo daño. El riesgo de la ideología de las sociedades cerradas radicaría en que casi nunca se deja criticar ni refutar, al contrario de lo que sucede con el pensamiento científico. En el seno de las comunidades oligárquicas con pensamiento ideológico cerrado, los críticos y los adversarios no suelen ser admitidos, y, si han entrado se procede contra ellos: no se les saluda, se les ignora, se les silencia, se les aparta o se les expulsa. Y, no es extraño que suceda de este modo puesto que estamos en un mundo de creencias y de combate ideológico y mercantil. Esta situación se hace más que evidente si se examinan los programas de formación y de estudio: hay instituciones en las que el pensamiento impartido es absolutamente único; y, hay períodos sumamente grises en los que en los programas aparece solamente un autor o autora además del fundador. Parecería que se dijera: «Aquí sólo se leen

los “buenos”, todos los demás no son necesarios para trabajar». En realidad, para trabajar bien, para ayudar a la gente, hay que tener oficio, las ideologías sobran porque suelen enturbiar la cabeza. ¿El psicoanálisis es una práctica, un método? Si el psicoanálisis es una terapéutica no puede fundamentarse sobre creencias, mitos y convicciones. De las ideologías, en la medida que son creencias, suelen hacerse banderas y misiones con el ánimo de preservarlas y propagarlas, y, si los grupos que las mantienen son cerrados, repudian la democracia, consiguen poder en muy poco tiempo, se cometen injusticias y se dicen disparates. **Adela Cortina** en *Ética mínima* formula una concepción que puede tener mucho calado: «La ciencia, privada de fundamento reflexivo, se convierte en ideología» (p. 93).

A veces se oye decir que el psicoanálisis es una hermenéutica o un arte. Si se acepta esta proposición nos podemos ahorrar la fundamentación racional y experiencial; de este modo se evita la crítica y la refutación. Entonces, en este caso todo vale: el psicoanálisis, como si se tratara de una pintura, puede gustar o no, puede ser bueno o no, pero no tiene por qué ser verdadero dado que no existen cuadros falsos, o música falsa. Sólo las hipótesis pueden ser falsas o falsables. Cabe pues que el psicoanálisis se hospede en este refugio y si alguien quiere analizar o refutar alguna construcción siempre se le puede decir que en el análisis las teorías son opiniones o metáforas. Sin embargo, no parece que éste sea un buen camino mientras los psicoanalistas se quieran ganar la vida con la terapéutica. Estas argumentaciones valdrían si se declarara que el psicoanálisis deja de ser psicoterápico y se redefine como filosofía o arte. Pero esto sería grave, porque en un tal supuesto, hay que abandonar para siempre las facultades de Medicina, las de Psicología y el sistema sanitario asistencial, los lugares donde estamos o quisiéramos estar. Además, según mi parecer, el arte y la filosofía es mejor buscarlos donde siempre se han encontrado; la consulta del psicoanalista no es el gabinete de un músico, el despacho de un escritor o el *ágora* de Atenas donde poder dialogar con **Sócrates** sin pagar honorarios. Creo que no hay más salida para el psicoanálisis que la terapéutica. La medicina, en sus orígenes, cuando no se conocía ni la anatomía humana, no podía dejar de ser ideológica y cada escuela médica, como si se tratara de escuelas de arte, tiraba por donde quería; pero para bien de todos esto se acabó: ahora es difícil que alguien muera de una apendicitis o de una sangría terapéutica. La medicina devino científica y lo mismo, en algún tiempo, le sucederá al psicoanálisis.

Las hipótesis se transforman en teorías cuando se prueban racionalmente y mediante la experiencia. La teoría es muy buena y benéfica cuando es verdadera, viceversa; cuando es falsa hace daño, primero en la propia cabeza, luego acaba haciendo daño a los demás. Además, el peligro de las teorías falsas, que se mantienen vigentes por veneración o interés, es que fomentan convicciones ilusorias de que todo o casi todo está bien explicado. Así sucedió con el materialismo dialéctico. En estos casos las explicaciones ilusorias que provienen de teorías falsas no las comparten más que los iniciados, no tienen la facultad de universalización como sucede con los postulados científicos. ¿Sucede en el campo del psicoanálisis algo parecido, es decir, que la actuación o el proceder técnico se derive de creencias o de especulaciones?

A diferencia de la ideología o de la «teoría», el método psicoanalítico me parece perenne y potente. Este método nace para mitigar o curar el sufrimiento neurótico y el caracterial, el malestar grave con independencia de su origen. Es un método que cuando se aplica a los pacientes adecuados y de manera prudente es muy generoso. De ahí que nos podamos sentir muy contentos y con derecho a seguir esperando beneficios substanciales. No esperar demasiado, pero tener esperanza porque lo que tenemos es muy bueno. ¡Muchas personas han podido y seguirán pudiendo arreglar sus vidas desgraciadas gracias al tratamiento psicoanalítico aplicado de manera prudente! El psicoanálisis cuando se manifiesta y se hace psicoterápico es útil a la humanidad. Ahora bien, puede llegar a ser inútil e incluso perjudicial cuando se hace doctrinario y se ejerce como tal. La práctica de la psicoterapia psicoanalítica representa uno de los oficios más benéficos y podemos sentirnos orgullosos de usar un medio o herramienta que aporta bienestar. En efecto, la aplicación prudente del método psicoanalítico cuando es neutral, no inculca y entonces promueve salud mental, fomenta buen ánimo y contento, y, además, favorece el desarrollo de bondad, libertad e independencia, que según mi criterio, son componentes del altruismo. Pero todo puede pervertirse. Si el cristianismo se corrompió y propagó sufrimiento y muerte, si el budismo se pervirtió, si el marxismo leninismo se pervirtió, ¿no se pervertirá el psicoanálisis? Se puede pervertir mientras quiera seguir siendo un movimiento ideológico, un movimiento interesado en defender y propagar doctrinas; doctrinas nunca demostradas o que no se dejan refutar. Así sucede cuando se formula, por ejemplo, que el complejo de Edipo es el núcleo de la personalidad y de la psicopatología,

la raíz del superyó, de la conciencia moral; cuando se formula que la pulsión de muerte o destrucción origina psicopatología; cuando se formula que la pulsión de muerte pueda crear fantasías inconscientes; cuando se quiere fundamentar sobre esta presunta pulsión una teoría de la ansiedad.

El análisis también se pervierte en lo político, como cualquier organización humana, cuando se hace sectario y feudal, como lo fue la Universidad que Galileo tuvo que padecer. Como sucede siempre que se instalan mecanismos antidemocráticos, por insignificantes que sean, empiezan a germinar los contrarios de la bondad, de la autenticidad, de la libertad y de la independencia, crecen en cuantías diversas: maldad, mimetismo, repetición, control y dependencia. Así pues, el análisis mal instituido, cuando en lugar de acercarse a la ciencia –la biología, las neurociencias, la etología, la antropología, la psicología–, cuando en lugar de organizarse de modo expresamente democrático, siguiendo los principios de la modernidad, deviene ideológico, doctrinario y feudal, acaba haciendo daño a los hombres. En la actualidad el análisis se encuentra en una crisis muy grave que únicamente, según mi parecer, podrá resolver procediendo a una revisión y reforma muy profundas.

Se ha dicho y se ha argumentado (**Schopenhauer, Comte-Sponville**, entre otros) que la moral es el mayor enemigo del egoísmo; desde este punto de vista parecería que la moral promovería altruismo. Y, bien, ¿qué podría decir el análisis de esto? Supongo que podrían darse respuestas algo diferentes. Mi propuesta sería la siguiente: la práctica del psicoanálisis no puede ser moralizadora pero tiene que vigilar mucho de no asesinar la moralidad. Con interpretaciones absurdas se pueden matar los brotes de bondad cuando surgen en el tratamiento. Por otra parte, en las instituciones psicoanalíticas se tiene que poder examinar, cuando se quiera, si crece la solidaridad, la autenticidad, la sinceridad, la libertad y la bondad o sus contrarios. Además, a algunos se nos hacen presentes, cada vez con más fuerza, preguntas graves que no veo que se analicen nunca o casi nunca, a saber: ¿los analistas y los analizados son mejores personas después del análisis?, ¿ha crecido el amor, la justicia o la moralidad en sus vidas?, ¿se organizan personalidades hipócritas y falsas con un self de poco fiar?, ¿hay diferencias entre las diferentes doctrinas analíticas referente a estas cuestiones?, ¿las instituciones analíticas tienen una moralidad democrática o la tienen aristocrática y feudal?

La asistencia psiquiátrica, la psicológica, la psicoanalítica y de manera general la medicina propende al autoritarismo y al paternalismo si no es especialmente crítico, o los propios pacientes o futuros pacientes no los frenan. La Medicina, como la Psiquiatría y la Psicología Clínica son prácticas que reposan sobre un determinado saber. Mientras los representantes de este saber sean prudentes y suficientemente humildes como para no tener necesidad de creerse demasiado a sí mismos, actuarán con consideración y respeto pero podrán abusar de su poder cuando estén dominados por un convencimiento exagerado de su función profesional. Vale la pena recordar que hace unos años los cirujanos estaban convencidos y presionaban a sus pacientes con neoplasias mamarias a que consintieran la amputación. Algunas mujeres empezaron a oponerse a la mastectomía y se pudo observar, en algunos casos, que la exéresis del tumor conservando la mama era tanto o más efectiva que la amputación.

Se ha hablado de psiquiatras y psicólogos *mindless* y *brainless*. Los primeros, en nombre de la ciencia que a menudo creen tener en abundancia, pueden ser muy imprudentes y tratan al paciente como un simple mecanismo al que es necesario insuflar medicamentos, como aceite a una máquina, para que los problemas se solucionen. Los *brainless* corren el riesgo de psicologizar excesivamente explicando la psicopatología mediante la psicogénesis. Es más que probable que la neurosis y, por descontado, la psicosis sean alteraciones mentales determinadas en muy buena parte por la constitución y la herencia. En este sentido, el mismo **Freud**, que durante muchos años había sido desmesuradamente partidario de la psicogenia, en el año 1937 con *Análisis terminable y análisis interminable* da un golpe de timón muy evidente que no mantuvo en los escritos finales. Por eso, este trabajo de **Freud** no gusta nada a determinados psicoanalistas. A pesar de un cierto riesgo de *brainless*, en los ambientes psicoanalíticos se promueve un ejercicio respetuoso por los pacientes. Evidentemente que esta actitud no es exclusiva del análisis. Pero, se debe reconocer que es tradición que los equipos analíticos procuran tener una atención individualizada, personalizada. A mí me parece que el método psicoanalítico, si se aplica de manera sencilla, sin contaminaciones doctrinarias, comporta y promueve de forma que le es connatural, una actitud de respeto por la persona enferma. Quizá sucede de esta forma debido al convencimiento muy extendido en la mayoría de medios analíticos de que ha de ser el paciente quien

debe explicarse para poder actuar con acierto profesional. El mandamiento psicoanalítico de la libre expresión o asociación, el interés del psicoanalítico por saber de la persona, de la mente de la persona y de su historia, obliga a una actitud de respetuosa escucha. Mientras el profesional no sea muy doctrinario, y como consecuencia omnisciente, es difícil tratar al enfermo como si fuera un inferior o una criatura; se lo trata como a un igual. Las corrientes científicistas o altamente ideologizadas sí que tienden a tratar al paciente de manera paternalista, como a un menor o un desigual. Actualmente, no obstante, se está imponiendo con fuerza creciente en el ejercicio médico el principio de autonomía, que protege al paciente de los excesos del paternalismo. Se considera que el médico no tiene ninguna autoridad para imponer su voluntad menospreciando o ignorando la independencia del paciente. Los principios de la bioética van impregnando el ejercicio con mucha fuerza a partir de la década de los ochenta, después de la publicación en los Estados Unidos del célebre *Principios éticos y recomendaciones para la protección de las personas objeto de la experimentación*, más conocido como *Informe Belmont* (1978), y que en la actualidad ha devenido el marco general de la moderna bioética. Para el bien de los pacientes, cada vez es más difícil ignorar los principios de esta declaración. Acabo de referirme al principio de autonomía, ¿recordamos el resto y volvemos a hablar especialmente de uno de ellos? El que fundamenta el conjunto es el de no maleficencia, le sigue el de autonomía ya citado, después tenemos el que creo que es el más exigente y difícil, el principio de beneficencia, y finalmente el de justicia.

## **Amor, beneficencia y amistad. Placer, deber y moralidad<sup>4</sup>**

Hacer el bien, ser benefactor me parece difícil porque, según lo entiendo, no se desprende simplemente de la aplicación del deber como ocurre con la no maleficencia. Para el bien se requiere algo de amor. No estoy de acuerdo con **Kant** y otros cuando opinan que el bien ha de provenir del deber porque, dicen, no se puede obligar a amar: «Hacer el bien por simple deber... es un amor *práctico* y no *patológico*, un amor que radica en la voluntad... Únicamente este amor puede ser mandado» (p. 77), dice en la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, y en la *Crítica de la razón práctica* encontramos: «La majestad del deber no tiene nada que ver con el gozo de la vida...» (p. 129). Pienso

que el gran filósofo fue, en ocasiones, demasiado ideológico y parcial, y, además tuvo necesidad de ser absoluto. El deber muy frecuentemente va acompañado de placer, de satisfacción, y, por otro lado, se debería dudar de la existencia de un amor práctico y no patológico, a saber, sin sentimiento. ¡Es muy importante no menospreciar el placer! En primer lugar porque es uno de los mayores bienes, es bueno y recomendable, y hace felices a los humanos. De todos modos Eros, el dios del egoísmo y del placer, no es único porque también existe Amor [*Philía* y *agápe*], otro dios menos potente. El del placer es muy fuerte y cuando se nota su presencia, de vez en cuando, hay que inclinarse y seguirlo para que no nos dé mala vida. Pero hay que andarse con mucho cuidado, hay que saber convivir con él porque lo que más le gusta es esclavizar a los hombres. Si no se reconoce debidamente la importancia del placer no puede entenderse el animal humano... La vida es dichosa cuando hay placer y escaso dolor. Pero, a su vez, también es muy frecuente, sumamente frecuente que la vida de las personas se estropee cuando se persigue el placer o la satisfacción con desmesura. La búsqueda y obtención de placer muy a menudo mata. No es necesaria otra explicación, no hay nada más allá del principio del placer... La consecución del placer y la evitación del dolor es uno de los principios y fines de la vida de los humanos. El otro sería el amor que reposa sobre la piedad o sensibilidad y que, a su vez, contribuye a la generación de respeto, virtud y deber, es decir, moralidad.<sup>5</sup> Enseguida examinaremos los dos principios: el *éros* egoísta y el *agápe* y *philía* altruistas. *Éros* siempre pretende placer y satisfacción para sí y *agápe* y *philía* gobiernan el cuidado y miramiento de los otros. Ahora bien, mientras el placer sea legítimo, es decir, mientras no haga daño a los demás, procura un bienestar que no puede objetarse y, más todavía, también puede ser inductor de moralidad. Por otro lado, es cierto que el amor no se puede mandar pero se puede cultivar como afirmaban los estoicos y actualmente los cristianos, otros religiosos y, en general, las gentes bondadosas de todas las épocas. Nada nos obliga a dejar al amor arrinconado y poco atendido en nombre de la suprema buena voluntad de la Razón. Incluso dudaría de que pueda existir voluntad buena sin amor. El amor o bondad pueden crecer y decrecer, como pensaba **Marco Aurelio**: «Excava dentro. Dentro está la fuente del bien, que siempre puede emerger, si excavas siempre» (VII, 59); «La alegría de un hombre es hacer lo que es propio de un hombre. Propio de un hombre es la bondad con sus semejantes» (VIII, 26).

Si estamos velando a un familiar enfermo nuestra actitud será distinta si la actuación es gobernada por el amor y por el deber o, exclusivamente, por el deber. Si sólo estamos guiados por el deber podemos hacer el bien, no hay duda, pero se nos terminará escapando la contrariedad y el mal humor y decepcionaremos al enfermo o al débil. Para ser benefactores es imprescindible ser algo buenos y en consecuencia es necesario además del cultivo del deber, el de la virtud. En el ejercicio de las profesiones y oficios el deber nos obliga a hacer bien el trabajo, a ser expertos, competentes, cualificados, hasta podemos ser doctos, pero la beneficencia suplementaria que debemos entregar para ser buenos profesionales o, en nuestro caso, buenos médicos, buenos sanitarios, la extraemos de la capacidad de amar. Me parece muy importante poder considerar y apreciar que el deber se manifiesta con magnificencia sólo cuando hay amor aunque sea poco. O, también podría decirse, que de amor hace falta poco en la mayoría de las actuaciones profesionales, a diferencia de las actuaciones en el ámbito de la amistad o de la familia, donde se hace necesaria una mayor cantidad del mismo.

Pero ¿todo el mundo se refiere al amor de la misma manera? Al que me estoy refiriendo, el que lleva a ocuparse de los demás, los griegos no lo llamaban *éros*; usaban estas dos palabras: *philía* y *agápe*. El amor, que no Eros, lo explicaría y lo definiría de forma muy concisa de la siguiente manera, a saber: amor es la realización de actuaciones benéficas; amor es dar, y, también, per-donar. Se trata de un estado mental que implica sensibilidad o empatía y lleva a actuar con la intención y el acierto de aportar un bien al otro. Con la intención, la imaginación o la fantasía no basta. Y, ¿qué sería hacer el bien? Según mi parecer, que se apoya en los antiguos, hacer el bien es atender las necesidades de los demás. Una actuación benéfica requiere sensibilidad para ver y comprender cómo está el otro, qué necesita. Este requisito que implica sentimiento y razón sería parecido, si no es lo mismo, a la prudencia de **Aristóteles** o al conocimiento para la virtud de **Sócrates**. La atención de las necesidades del otro es siempre más completa o total cuando se trata de amor, es incompleta o parcial en el caso de la beneficencia. Amar, como debe resultar claro, no significa arreglarlo todo o perjudicarse seriamente o sacrificarse indebidamente, sino responder adecuadamente y hacer lo posible. Amor o caridad, simplemente, como decía **Schopenhauer** en un bellísimo aforismo, significa ayudar: «*Neminem*

*laede; imo omnes, quantum potes, juva*». <sup>6</sup> Ahora bien, es muy importante considerar que la actuación benéfica siempre se hace en respuesta a la necesidad del otro, nunca en función exclusiva de la propia satisfacción o deseo, como proponían con parcialidad los epicúreos. En el amor debe ser el otro quien defina. Será muy conveniente, a la vez, discernir y separar amor y beneficencia para no confundirse en estas cosas y pedir o pedirse demasiado o demasiado poco. La buena amistad y la buena relación familiar necesitan amor, mientras que en las relaciones de oficio o las profesionales, con la beneficencia hay suficiente. La beneficencia nace y se fundamenta en el amor, pero no es amor. Significa ocuparse del otro pero de manera menos entregada y completa que en el amor. Tal cosa quiere decir que solamente nos ocupamos de un sector o ámbito de la vida de otra persona, o, durante poco tiempo, y, por tanto, no se debe esperar una disposición a afrontar todas las necesidades. Así, no esperamos y no debemos esperar que un médico vele a un paciente, o le dé la comida. Estas actuaciones benéficas las esperamos de la familia, y en algunos casos del amigo, pero muy excepcionalmente del médico. Otra diferencia definitoria hace referencia a la reciprocidad y correspondencia, sobre todo cuando se trata de gente adulta y madura. Cuando somos mayores, en la amistad y la familiaridad debe haber, en más o en menos, reciprocidad o disposición a la reciprocidad. No debe ser así en la relación profesional o de oficio. El médico, el psicólogo, de manera general los profesionales, no deben esperar reciprocidad o beneficencia del usuario; mientras que éstos no sean maleficentes es suficiente. Seríamos malos profesionales si esperáramos que un paciente fuera benéfica con nosotros y que, por ejemplo, comprendiera o se hiciera cargo de nuestras preocupaciones y angustias. Si un día no nos sentimos bien, no debemos trabajar, y si acaso podemos recurrir a un familiar o un amigo. Opino que el médico no puede ser amigo del paciente y mejor que no lo intente. <sup>7</sup> El médico, el profesional, el oficial, hacen un trabajo que puede ser benéfica, incluso muy benéfica y reciben un dinero a cambio; el amigo también puede ser muy benéfica pero no realiza un trabajo: cuida, está atento, da lo que pueda hacer falta o lo que se le pide, hace favores y espera que en otro momento haya reciprocidad. El buen amigo, a diferencia del vecino, da un trozo de eso que en otra relación guardaría para sí, y en hacerlo se siente contento de la alegría del amigo. Viceversa, se puede observar que hay gente que no quiere compartir, por

ejemplo, una relación social que cree importante o relevante. Quien hace esto no es amigo, es vecino.

## **Narcisismo, interés y respeto. Fanatismo**

No hacer mal es sumamente importante, quizá lo más importante, y se consigue ordinariamente inhibiendo la acción, siendo continentales, es decir, teniendo respeto. Pero hay muchas personas lo bastante narcisistas para no darse cuenta de que los demás existen, que son reales, autónomos y sensibles, y hacen daño por acción porque no miran nada, siguen su camino aunque pisen. En muchas ocasiones también la omisión puede reportar injusticia y el narcisista es un príncipe de la omisión, de la pereza.

El narcisista es un adulto egoísta que cree ser muy especial y que, como un niño, quiere satisfacerse sin miramiento. Cuando se es tan interesado que no se mira ni se ve la realidad de las personas, no se puede llegar a ser un buen profesional y un buen ciudadano. El narcisismo o egoísmo comporta mucha dependencia. Ser narcisista significa ser muy dependiente de los otros, pero, atención, sin tener consciencia y, a la vez, obligando a los otros a ser dependientes de uno. El egoísta desmesurado, a la vez que niega la propia dependencia exige la sumisión de los otros para satisfacer las propias necesidades. Al contrario del amor que mira por la satisfacción del semejante, el narcisista no tiene ningún miramiento. Como es natural, también existe un narcisismo de grupo. No podía dejar de ser así. Los grupos narcisistas suelen pensar que lo que no es propio no es lo bastante bueno, aunque se aprovechen de ello. A la vez, niegan el derecho a la diferencia, y como consecuencia reclaman dependencia o sumisión a los componentes del conjunto.

El narcisismo, en la medida que tiene una necesidad enfermiza de satisfacerse continuamente, piensa y obra sin miramiento y actúa una demanda relacional que acaba siendo parasitaria. El narcisista actúa como una criatura cuando ha llegado el tiempo de dejar de serlo para tener una convivencia saludable. Sólo el niño puede ser narcisista sin destruir; el adulto inmaduro y exigente acaba haciendo daño. Así se explica que la persona mayor que sólo sabe perseguir la propia satisfacción, no puede ser un buen amigo, un buen ciudadano y un buen profesional, porque siempre está demasiado pendiente del propio beneficio y, por consiguiente, es muy dependiente. Está claro que identifico

narcisismo con egoísmo excesivo y enseguida me referiré a **Freud** acerca de este particular asunto. Estaría muy de acuerdo con **Schopenhauer**, el filósofo de la ética de la compasión, precisamente uno de los pensadores leídos y citados por **Freud**, cuando decía de manera lúcida y profunda: «El egoísmo es, por su naturaleza, ilimitado: el hombre quiere mantener incondicionalmente su existencia, la quiere incondicionalmente libre del dolor, al que también pertenece toda carencia y privación, quiere la mayor suma posible de bienestar y quiere todos los placeres de los que es capaz; e incluso pretende, en lo posible, desarrollar en sí mismo nuevas capacidades para el placer. Todo lo que se contrapone a la tendencia de su egoísmo excita su indignación, ira y odio: intentará aniquilarlo como su enemigo... El egoísmo es colosal: domina el mundo» (p. 222), «El egoísmo puede conducir a crímenes y delitos de todo tipo: pero el daño y el dolor causados con ello a los otros es para él simple medio» (p. 226). Me interesa mucho, por el momento, remarcar la importante vinculación que propone **Schopenhauer** y que comparto, entre el egoísmo, el deseo intenso de placer, y la ira, el odio, la violencia e, incluso, el crimen. **Rousseau**, igualmente claro, había escrito algo muy parecido.

El respeto es una actitud humana principalísima porque implica un primer grado de miramiento a los demás o para los demás. El narcisista no puede respetar suficientemente porque no tiene miramiento, no puede hacer el bien porque no se entera de las necesidades de los demás, sólo está pendiente de sí mismo. Ahora bien, solamente se puede combatir el dolor de la gente y promover su bienestar si se puede ser sensible y mirar y entender qué le pasa al otro. Se habrá notado que me he referido con reiteración al mirar y al miramiento. La concepción que hay detrás de esta palabra me parece capital. Muchas personas enfermas, si las podemos escuchar, nos acaban diciendo que: no les han hecho caso..., no las han tenido en cuenta..., no las han mirado..., no las han visto..., no les han tenido miramiento..., diferentes modos de lamentarse de una grave falta de atención. Y, los pacientes en tales casos tienen razón casi siempre. Constituye un grave error técnico, que se origina en teorías particulares, interpretar que lo dicho por el enfermo es asunto de la proyección o de la llamada identificación proyectiva. Pues bien, cuando a una criatura no se la mira ni se la admira, se está criando un narcisista. Cuando los padres, por narcisismo, no pueden mirar, admirar y descubrir las necesidades de la criatura, entonces es posible que tengamos un nuevo narcisista en este mundo. En todo lo que he publicado desde 1994 vengo

proponiendo este criterio. El narcisismo de los padres puede promover una vida trágica cuando choca y entra en conflicto con el inevitable narcisismo de los hijos pequeños como he postulado en otras ocasiones. En efecto, el sufrimiento infantil, cuando es secundario al narcisismo parental, puede desencadenar actuaciones monstruosas; Edipo y Orestes, asesinos, tuvieron padres muy narcisistas que sólo miraban para sí y poco o nada para los hijos, lo cual, evidentemente, a éstos no les exime de la culpabilidad de las propias actuaciones aunque intentan justificarlas de mil maneras tramposas (**Armengol**, 1994, capítulo X).

El mítico Narciso, en el espejo de la vida sólo se veía a sí mismo. En el espejo había mucha gente pero él no podía ver a nadie. Si no se puede mirar a los demás no se los puede respetar y no se los puede ayudar. Respeto viene del latín *respicio*, que significa *volver a mirar, girarse a mirar, pensar en, tomar en consideración*. La primera piedra del amor es el miramiento, es decir, el respeto. A su vez, el amor, el altruismo genera más respeto. Sin embargo éste todavía no es amor, pero podrán edificarse sobre él el amor y la beneficencia; sólo pueden crecer sobre este principio o fundamento. El respeto, por otra parte, nace de la sensibilidad o piedad. No puede haber respeto si no existe la compasión o piedad, virtud o valor, que nos detiene instantáneamente ante el dolor ajeno. Respeto, mirar con consideración, también debe querer decir ponerse en el lugar del otro y a esto se le llama empatía, la única forma de comprender el estado mental de una persona.

El grado de respeto, a diferencia del amor que es un bien escaso, puede ser prácticamente ilimitado mientras no seamos esclavos del placer o no estemos muy necesitados como el narcisista. Si no somos esclavos del placer o de la necesidad, ordinariamente, sin demasiado esfuerzo podemos dejar de hacer el mal, un gran y manifiesto mal. También debe decirse que es muy difícil o imposible no hacer nunca mal, no ser culpables, ser siempre inocentes. Es así porque nuestra naturaleza animal nos impone el movimiento, actuación en tanto que humanos, para alimentarnos, sobrevivir y, también, en más o en menos, para satisfacernos. Cuanto más irreflexivamente nos movemos es más fácil actuar mal porque frecuentemente nos movemos llevados por el propio interés. Muchas veces, en efecto, hacemos mal sin darnos cuenta, cegados por el interés. Además, el interés, tan general, potente y ineludible, es de orden individual o grupal, ideológico más o menos cargado de pasión fanática. Y, ¿qué es lo que nos frena?, ¿por qué se manifiesta el superyó? Si no hacemos siempre

nuestra santa voluntad se debe, en proporciones diversas en cada caso, a que en el humano hay mucha variabilidad, en función de tres determinantes, a saber: 1) tenemos miedo de las consecuencias, de la sanción, 2) somos sensibles y tenemos compasión o piedad, y 3) razonamos. Cuando estamos ebrios de vino o cuando estamos intoxicados por otras sustancias o por doctrinas, ni tenemos miedo, ni piedad, ni razón, entonces, nos podemos parecer a la Bestia sin corazón.

El deber, tanto si es seguido por coacción como si nos orienta por asunción, nos suele constreñir a renunciar a alguna satisfacción. Pero, atención, porque el deber necesita de un mandamiento o principio que lo oriente. Este principio también procede de la sensibilidad, aunque la razón o deliberación pueda y suele acompañar a la compasión: el deber, para seguir siendo humanos, en primer lugar y antes de nada, nos manda no hacer daño. Se trata del principio de no maleficencia. A veces, no obstante, esta concepción se pervierte. Siempre habrán perturbados convencidos de que el deber les manda dañar, pegar, matar, torturar..., porque de estas inhumanas actuaciones, pueden decir, se derivará un bien para la víctima. Debemos sospechar que una actuación es guiada por un narcisismo extremo o por una perversión vulgar, que impedirán tomar consciencia de la propia culpa, cuando un individuo o una institución daña a alguien y proclama que este mal se hace para el bien del otro. Cuando se hace daño sin el consentimiento del otro se trata de un abuso perverso. Un individuo o una institución están severamente perturbados cuando para defender conveniencias, doctrinas, privilegios, purezas ideológicas o cosas parecidas, dañan a las personas. Cuando se dan estas situaciones en cualquier institución significa que no hay bondad ni se tiene la voluntad de cultivarla. Entonces, una perversión pequeña y vulgar, con el tiempo, acabará corrompiendo todo el sistema. En toda institución, comunidad o sociedad merece tenerse muy en cuenta que cuando se ejecuta alguna aberración o extravío grande o pequeño, visible o poco visible, a veces, por el dictado o complicidad del pleno dirigente, con el silencio y el consentimiento del conjunto, la institución está enferma, aunque se quiera creer que está compuesta por personas oficialmente saludables y administrativamente sabias y pulcras. Cuando en las comunidades o grupos suceden desvaríos incomprensibles para observadores externos independientes, hay que asumir la culpa, enmendar los hechos si se puede, demandar perdón y cambiar de dirigentes. Pero, quizás es demasiado duro

reconocerse culpable en situaciones tan graves como las de aquel grupo político que está en la memoria de todos. En casos tan graves reconocer la culpa, ser responsable, significa ser muy penado y tal cosa, preciso es reconocerlo, es muy difícil para cualquiera. Aunque también es cierto que no sólo existe la pena sino también el perdón, que igualmente forma parte de la justicia. Pero no siempre el daño es tan serio y parecería que la salida fuera entonces más fácil. Todos los días, en todas las comunidades y grupos, en más o en menos, hay culpa menos grave, donde reconocerla y enmendarse ennoblecería a los culpables, y todos perdonarían el daño causado a los inocentes, pero el sombrío fanatismo oscurece las conciencias.

El interés es sumamente fácil que sea desmesurado, muy frecuentemente lo es. Cuando esto ocurre nos dificulta acceder y tener una visión libre o poco condicionada de la realidad, una visión general o imparcial. El interés por nosotros mismos, si es excesivo, impide el conocimiento o el saber. Por eso **Sócrates** dijo que no se falta voluntariamente sino por ignorancia, y, Jesús pidió el perdón para los que no saben lo que se hacen. No sabemos, en efecto, que muchas veces no haría falta que el interés nos llevara a hacer daño porque resolveríamos quizás mejor una determinada situación con menos daño y con menos ganancia y provecho narcisista. Un indebido y excesivo narcisismo nos lleva a creer que somos muy importantes, nos hace pensar que no podemos renunciar a tal satisfacción o beneficio, en suma, nos puede despertar mucha violencia y maldad. No sabemos que con menos interés y ambición también sobreviviríamos y, muchas veces, aún mejor.

A mí me parece que en el origen de todo fanatismo y de toda perversión hay narcisismo. El narcisismo es causa de violencia, de venganza, de discordia, porque representa un crecimiento monstruoso de un organismo que debería de haberse apagado y extinguido al terminar la infancia. La criatura que no puede dejar de ser narcisista a tiempo deviene un adulto poco fiable. Una criatura así no puede ser un buen profesional y una buena persona, siempre tendrá graves deficiencias si no se corrige.

## **Éros, philía, agápe... y psicoanálisis**

De manera connatural, como ya he dicho, el psicoanálisis puede ayudar a promover una práctica profesional más beneficiosa. Ahora bien, la concepción psicoanalítica sobre el amor pudiera tener que cambiar porque es probable que **Freud**

quedara atrapado y detenido en el camino de **Platón**. Nosotros, discípulos de **Freud**, como **Aristóteles** lo fue de **Platón**, podemos, si queremos, hacer como el filósofo naturalista: ser independientes del maestro para no acabar siendo narcisistas. ¿Por qué **Freud** sólo hizo caso de **Platón**? Aún no me atrevo a responder a esta cuestión pero creo saber que está por ver y aceptar que **Aristóteles** y no **Kant** es el primero en tener muy en cuenta la alteridad y el altruismo.

La idea que **Freud** tiene del amor y de la beneficencia se fundamenta en una concepción del amor interesada y parcial –deseo y sexo más sublimación–. Luego volveré a ello. La concepción de **M. Klein** no es mejor porque parece que surge de manera muy unilateral del odio y del sadismo. A mi modo de ver, nunca queda claro si el ejercicio del bien emerge siempre como actuación reparatoria secundaria a la ansiedad depresiva o, por el contrario, pueden separarse como entidades independientes la reparación de la beneficencia. Además, no se piensa, al menos no conozco la crítica de ningún autor kleiniano, en el error bastante grave y muy significativo de contraponer a la envidia, gratitud, en lugar de generosidad; la generosidad, sinónimo del amor, como vio muy claramente **Espinosa**, es algo primario, aunque pueda crecer o decrecer –el altruismo animal propio del hombre que incluye piedad, según mi propuesta–. **Klein** concibe la envidia como la primera externalización de una presunta pulsión de muerte o de destrucción, mientras que para otros, la envidia sería un afecto o pasión muy condicionado por la experiencia. En la obra de **Klein**, la criatura humana corre mucho riesgo de ser mala desde el origen: el bebé puede estar poseído por la envidia y el sadismo, mientras que la madre y su pecho suelen ser buenos y amantísimos. El pecho y la madre están muy defendidos por esta autora; no suelen ser malos, es el niño quien desde el principio los ve así porque proyecta parte de su pulsión destructiva. Aunque se diga, en ocasiones, que tales cosas suceden en la fantasía, el problema sigue siendo el mismo. Hay muchos padres narcisistas que actúan u obran guiados por el interés, por el malhumor o, incluso, por el odio, y, como es natural, para el niño lo que cuenta es esta realidad, no cualquier fantasía.

Al psicoanálisis que defiende la destructividad como causa de una presunta pulsión de muerte se le plantea un problema muy serio. Si se examina de manera desapasionada y sin sectarismo este problema, cabe pensar que la mítica pulsión de muerte, si existiera, sólo podría producir problemas de moral, pero nunca patología. La destructividad

no es homogénea con la patología, la mental o la corporal, porque se trata de planos distintos de la realidad. La destructividad es una categoría humana; quiere decir que en la Naturaleza aparece con los humanos, e implica la conciencia de la voluntad de destruir. No de la destrucción sino de la conciencia de la misma. La destructividad supone conocimiento, conciencia, pero no puede ser pulsión. Una pulsión con intención, en este caso, de destruir, es una especie de *daimónion*, un ente, no un impulso. Programa biológico y pulsión son conceptos distintos y no deben confundirse. Y, no puede existir un programa biológico de destrucción, porque como acabo de decir, ésta es una categoría humana. Otra cosa distinta es la agresión o el altruismo, que son categorías biológicas programadas, aparecidas y mantenidas por selección natural. Al menos eso es lo que se observa en los animales: conductas agresivas y conductas altruistas con los próximos. Cuando una leona mata a la cebra, ella se la come y puede dejar comer a los cachorros; nosotros, humanos, podemos pensar y decir que destruye las cebras.

Asimismo, relacionar muerte y patología se hace incomprensible porque se vuelve del revés el sentido ordinario de las cosas: la patología origina la muerte pero la muerte no puede causar patología. Existiría, eso sí, una pulsión o un impulso agresivo –parecería que hay más de uno– pero entonces se hace muy difícil o imposible conjeturar, con razón, que la agresividad determina la aparición de patología: la diabetes, una alucinación, un trastorno hístico o disociativo, un tic, un delirium o el sonambulismo. Así, pues, la pulsión de muerte no podría producir patología mental *stricto sensu*; de existir, sólo podría generar anomalías de carácter y de moral.

Aunque a veces se dice que el kleinismo se adscribe a la teoría de las relaciones de objeto, tal aseveración es dudosa. La teoría de la relación de objeto es propia, por ejemplo, de **Winnicott**, y, de ahí que este autor y otros no puedan dejar de ser extremada e innecesariamente ambientalistas. Creo que en rigor ningún teórico de las relaciones de objeto admitiría una teoría pulsional. La teoría de **Klein** es instintivista del significado o instintivista de la pulsión significativa. Ella y sus seguidores proponen que las pulsiones generan significados mentales al margen de la experiencia. La pulsión, para el kleinismo, no es una fuerza que impele, como en algún momento propone **Freud**, sino algo que engendra un contenido mental independientemente de la percepción externa. Para **Klein**, las pulsiones no son forma sino contenido,

materia, en la medida en que automáticamente producen *fantasías*. Mientras que para **Freud** algunas fantasías previas a toda experiencia son heredadas. Según mi opinión, uno de los prejuicios teóricos principales de la teoría psicoanalítica, desde sus orígenes, es admitir que antes de la vida mental consciente existe o puede existir una de inconsciente. El psicoanálisis, injustificadamente, ha ido mucho más allá de **Kant**. La mente y el cuerpo pueden tener formas, programas –como el de las abejas y las hormigas, que por demás son altruistas–, pero, antes de la percepción no pueden existir contenidos que luego pudieran hacerse conscientes. Un programa mental, como uno corporal, nunca podrá hacerse consciente, podrá ser objeto de conocimiento, pero esto último es absolutamente diferente de lo primero. Para que se entienda lo que quiero significar: nunca podremos hacer consciente un programa que nos conducirá al cáncer de colon a los cuarenta años, sobre todo, en algunos casos si hemos comido poca fibra, o a una esquizofrenia a los diecinueve, tal vez, en algunos casos, si hemos tenido una infancia con escaso miramiento. «Sólo puede devenir consciente lo que una vez fue percepción consciente» dijo **Freud** en una única ocasión. Es decir, no pueden existir contenidos mentales antes de la experiencia. Existirán: impulsos, programas, tendencias, sentimientos, posibilidades, facultades, pero no contenidos materiales, tales como opiniones, fantasías, mitos, pensamientos, ideas, porque todo esto únicamente puede venir después. Hablando del inconsciente, solamente puede ser racional la anterior sentencia freudiana escrita en *El yo y el ello*. Pero no queda claro por qué **Freud** no pudo detenerse aquí, o, qué quiso decir en esta oportunidad; ¿de nuevo **Lamarck versus Darwin**? Quizás la ideología que conlleva considerar al hombre como a un ser substancialmente distinto del animal, tenga que ver con la credulidad y el narcisismo de la criatura humana que tanto cuesta abandonar. Se comprende que no sea nada fácil admitir sin protesta la crítica radical de **Espinosa** en uno de sus célebres pasajes: «Parece que conciben al hombre, dentro de la naturaleza, como un imperio dentro de otro imperio» (III, pref.).

Se moraliza el psicoanálisis, quiérase o no, cuando se invoca la acción de una presunta pulsión de muerte o de destrucción o a la envidia entendida como una manifestación de aquélla. La teoría pulsional o libidinal, tanto en el caso de **Freud** como en el de **Klein** y en el de otros, no puede dejar de ser moralizadora. Por ejemplo, con esta teoría, la homosexualidad no puede ser vista como condición;

dicha teoría siempre obligará a entenderla como anomalía o perversión que hay que interpretar y enderezar. Este psicoanálisis no está bien fundamentado y pierde prestigio. En lo relativo a lo pulsional, y, en particular a la pulsión de muerte, es difícil entender cómo **Bion**, entre otros, pudo seguir diciendo después de volver a pensarlo, que en la psicosis: «Está el ambiente que no discutiré por ahora, y *la personalidad, que debe poseer cuatro rasgos esenciales: Una preponderancia de impulsos destructivos tan grande, que aun el impulso a amar, es cubierto por él y convertido en sadismo; un odio a la realidad interna y externa que se extiende a todo lo que puede despertar conciencia de la misma....*». (p. 65, la cursiva y es subrayado de esta cita son míos). Según mi parecer, lo que escribió y creía **Bion** es muy serio porque induce a la confusión y crea expectativas de explicaciones ilusorias. La simple observación de la realidad desmiente su especulativa aseveración. Hay psicóticos y neuróticos bondadosos, nada sádicos, y los hay, imputables o no, malvados y nocivos, como entre los que no tienen síntomas, es decir, los tenidos por sanos. También estos últimos, en ocasiones, tienen *odio a la realidad interna y externa* y nunca serán psicóticos aunque puedan ser estúpidos o resentidos. Sin embargo, habrán alumnos formados en los medios kleinianos que se meterán estas y otras ideas de **Bion** en la cabeza, quizás porque les dicen, una y otra vez, que este psicoanalista es modelo y guía de teoría y técnica, y, algunos nunca más podrán ser libres para sacarse estas u otras ideas de la mollera. Creerán para siempre que tales ideas falsas explican la psicosis, y con el tiempo repetirán sin rubor en cualquier ambiente que la pulsión de muerte o los impulsos destructivos son un rasgo esencial de esta enfermedad mental. Para mí, estas ideas forman parte de una ideología, no de una ciencia. No es extraño que el psicoanálisis esté en crisis. Y, quiero discutir, ahora ya por escrito, estas cuestiones con la intención de colaborar en el mantenimiento del psicoanálisis. **Bion**, como muchos, tiene planteamientos muy buenos, otros malos y un marco teórico muy discutible, altamente ideologizado. Este tipo de cuestiones, y otras parecidas, duras y claras, es lo que yo explico de manera clara, nada equívoca a los alumnos que me quieren oír.

Para **Freud** el origen del amor siempre es intransitivo; el niño y después el adulto sienten deseo (*libido*) y buscan en el otro lo que les permitirá satisfacer la propia necesidad. El principio de realidad conducirá a modificar o sublimar, más o menos, la pulsión erótica, pero **Freud** no ve, como

vio **Darwin**, que existe un altruismo primario que pondera el narcisismo o egoísmo. A pesar de que **Freud** habla de la ternura –que como se hace evidente es un sentimiento que tiene en cuenta al otro–, no toma suficiente relevancia en su obra y, además, no tiene categoría por sí misma; sería una modificación de la satisfacción sexual, un amor de meta inhibida: «La satisfacción sexual directa, como en su modificación, la ternura de meta inhibida... Es que el amor de meta inhibida [ternura] fue en su origen un amor plenamente sensual, y lo sigue siendo en el inconsciente de los seres humanos», escribe en 1930 cuando ya ha tenido ocasión de meditar mucho sobre estas cosas. Estoy en desacuerdo con estas explicaciones porque son incompletas e innecesariamente sexualizadas. No es extraño que desde esta perspectiva **Freud** hubiera escogido el fundamento o soporte filosófico en el Eros de **Platón**. Sin embargo, en una ocasión en 1937, como es bien sabido, habla de amor traduciendo *philia*, citando a **Empédocles**, pero no se detiene para examinar la diferencia con *éros*. Ahora bien, lo que sucede con el *éros* platónico, tal como se estudia en el *Banquete*, y que **Freud** escoge como paradigma y faro, es una representación parcial del amor, no es todo el amor. Hace referencia al amor como la manifestación de la necesidad, del deseo, del interés por aquello que nos falta, de la obtención de lo que no tenemos, a veces, excelso como la belleza o la sabiduría. Pero, ni **Platón**, ni **Freud** estudian, como sí hace **Aristóteles**, el amor que encamina a dar lo que se tiene, el amor transitivo o altruista. Extrañamente, ya lo he dicho antes, en lo relativo al amor, **Freud** sólo hace caso de **Platón**. Pero, es fácil mostrar que **Aristóteles** corrige a su maestro sin decirlo y quizá por esto no nos damos cuenta de que fue así. **Platón** habla de *éros*, que es el deseo o la pasión para obtener lo que necesitamos, mientras que **Aristóteles** examina la *philia*, que significa amor, es decir, mirar por el otro y, si acaso, darle lo que necesita.

El aspecto intransitivo del amor, en efecto, es el primero o el más primitivo, el menos maduro, en el sentido que es propio de la infancia. Pero el amor de la criatura humana no termina aquí. Si todo va bien y no hay factores constitucionales y ambientales adversos, se va desplegando un nuevo tipo de amor que a partir de ahora convivirá con Eros. *Eros siempre es deseo* o pasión; amor erótico es deseo de satisfacerse, *éros* es recibir, generalmente para hacer frente a las necesidades o calmar las ganas de placer. Eros es el amor egoísta.

Los humanos, y en diversa medida también los mamíferos no humanos, poseemos otro tipo de

amor, el amor altruista, denominado *philia* y *agápe* en la Grecia clásica. De ahí que proponga que si se consideran estos dos tipos de amor, *el narcisismo es el fruto directo de Eros cuando no ha podido crecer y madurar Agápe o Philía*. Eros es absolutamente necesario para vivir pero sugiero que se lo entienda como el pequeño y potentísimo dios que reclama satisfacción y placer y que cuando está solo comporta narcisismo porque no está equilibrado por el amor altruista.

Los griegos, cuando querían significar pasión o deseo, hablaban de *éros*, mientras que si querían expresar atención, cura, afecto y cuidado para con el otro, usaban *philia* y *agápe*, como explica, entre otros, **Rodríguez Adrados**, a quien sigo con respecto a la etimología. Habitualmente se traduce *philia* por amistad, pero sería un error muy grave reducir tanto la significación. Evidentemente que *philia* es amistad pero no es únicamente amistad; *philia* también quería decir: afecto, aprecio, cariño, estima, amor. En efecto, el verbo *philéo* se define bien por su oposición al verbo odiar.

Si leemos la extraordinaria *Ética a Nicómaco*, una obra capital sobre la virtud, imprescindible para adquirir conocimiento acerca de lo que estamos hablando, nos encontramos con dos capítulos muy importantes sobre el amor, que suelen llevar por título «De la amistad», aunque en el original no fueran titulados. En ellos **Aristóteles** usa *philia* y derivados. Por el contenido, a mí me parece que estos capítulos deberían ser titulados «De la amistad o del amor», porque si no, el lector y el pensador actuales no entienden que **Aristóteles** nos hable, efectivamente de la amistad, pero también del amor paternal, del filial, del amor generoso de las madres, de la asistencia a los viejos, de la benevolencia, de la concordia, del imprescindible amor a uno mismo (*philautía*), etc. No se entendería que hablase únicamente de la amistad si se reflexiona sobre el principio del libro VIII. Que cada lector escoja la palabra que le parezca mejor: amor o amistad.

**Aristóteles** dice así: «[*philia*] el amor o amistad es una virtud o algo acompañado de virtud y, además, es lo más necesario para la vida... [*Philia*, amor o amistad] Parece darse de manera natural en el padre por el hijo, y en el hijo por el padre». Recuérdese también, que aún hoy hablamos de filosofía y filantropía; no se habla de erosofía y erantropía. *Agápe* siempre se había usado en Grecia pero fue después de **Aristóteles**, durante la época helenística y romana, que *philia* y el verbo *philéo* se usaron más y más para referirse al amor con sensorialidad, por ejemplo, besarse o ir a la cama. En consecuencia, estas palabras van entrando en decadencia al querer

referir el amor de afecto o altruista y van siendo sustituidas cada vez más, por *agápe* y el verbo *agapáo* durante tres o cuatrocientos años hasta llegar a los autores cristianos, que escriben en griego y ya siempre usan *agápe*.<sup>8</sup> Como es bastante sabido, **San Pablo** escribe en griego el bello y célebre «Himno del amor» (*agápe*), también a menudo traducido por caridad. ¡Amor, caridad...! Para **Voltaire**, **Schopenhauer** y otros, la caridad es el amor al género humano. En Grecia, el verbo *agapáo* existía desde **Homero**; en el siglo de **Pericles** se usaba *agápe* para referirse al amor de los componentes de la familia. Hay un breve fragmento de **Demócrito**, el 271, en el que aparecen dos palabras significando muy claramente lo que quieren denominar: una mujer amada o querida (*agapoméne*) por el esposo, a la vez, se siente molesta porque el hombre no hace lo que se espera, y, ella se queja de que a su marido le falta *éros*.

*Narcisismo es una forma de denominar a la soberbia, al egoísmo desmesurado, la dependencia que conlleva aunque se la disimule, y la inevitable creencia, como un mito indestructible, de que uno es especial e importante.* Tal soberbia o gran egoísmo conlleva que no se pueda ver nada más que a uno mismo y no se pueda respetar a los demás. Además, y esto es importante, muy frecuentemente, el narcisista ha tenido padres narcisistas y una infancia insatisfactoria y con poco miramiento.

Con la definición académica de narcisismo propuesta por **Freud** en el año 1917, no puedo estar de acuerdo porque afirma que si bien el egoísmo se refiere a la utilidad para el individuo, en el narcisismo se tiene también en cuenta la satisfacción libidinal. Me parece, de acuerdo con lo que estoy argumentando en este trabajo, que el amor erótico, absolutamente necesario para la vida, y para su propagación, al que también denomino egoísta, persigue la satisfacción. Podría decirse que para esto nació. En el animal y en el humano, utilidad y satisfacción, en el origen son inseparables aunque luego las cosas puedan complicarse. El egoísmo persigue la satisfacción. **Kant** decía que el egoísmo es el Dios de este mundo, y cuando nos vemos obligados a inclinarnos y a someternos ante este dios, nace el narcisismo, es decir, la soberbia que casi siempre es acompañante de la envidia. **Rousseau** entendía que el *amour propre*, a diferencia del *amour de soi*, era el origen de todos los males. **Schopenhauer**, como he remarcado al principio es, quizás, aún más expresivo y claro. Acerca de estas cuestiones puede verse mi trabajo sobre narcisismo y fanatismo.

Pensando en todo lo anterior, formularía una

breve y sencilla concepción sobre los amores: cuando la criatura humana se desarrolla, cuando se hace mayor y, además, madura, observa que surge desde dentro y va creciendo un amor distinto del anterior, el primero, que no puede dejar de ser interesado o exclusivamente interesado. Cuando el nuevo amor, el altruista, es actuado y se convierte en un fruto, entonces la persona se siente contenta y también se quiere. Quiere a los demás y se quiere a sí misma. Entre los humanos este es el mejor estado posible para la paternidad. Esta especie de amor es transitivo, es altruista, convive con el primer amor, el egoísta y a veces se le opone y lo equilibra. *Éros* siempre quiere recibir y obtener, quiere ser amado, *philía* y *agápe* están relacionados con el dar, con el amar. *Éros* puede reclamar venganza, *philía* y *agápe* propician el perdón. De forma intensa **Camus** dijo: «Por qué solo es mala suerte no ser amado y desgracia el no amar. Hoy todos morimos a causa de esta desgracia» (p. 42).

A mí me parece, también, que el amor egoísta (*éros*) está muy directamente relacionado con la satisfacción y el placer; el segundo, el amor altruista (*philía* y *agápe*) está relacionado con la alegría y con el sentirse contento con uno mismo. **Espinosa**, con gran penetración, estudió estos afectos, el contento y la alegría para él son fundamentales y los concibe como modos o formas del amor o generosidad. Por esto, muy justamente, se ha dicho que la ética de **Espinosa** es una ética de la alegría, no siendo una ética hedonista. Lo mismo se podría decir de **Demócrito**, llamado el riente, que con la palabra que introdujo, su *euthymía* (buen ánimo, alegría) se lo podría considerar un precursor de **Espinosa**. El placer suele estar muy relacionado con la carne –una palabra, carne (*sárx*), que **Epicuro** utilizaba para referirse a «cuerpo» (*sôma*)–; la alegría está relacionada con la mente (ánima, *psyché*) y, a buen seguro que **Demócrito** y **Espinosa** estarían de acuerdo, y **Marco Aurelio** y **Aristóteles** también. El buen ánimo, el contento y la alegría necesitarían *éros*, por descontado, que nadie se equivoque al respecto, pero también *philía* y *agápe*.

A veces se dice que el narcisista no busca el objeto. No lo creo. A mi entender, lo busca pero lo disimula y puede engañarse; lo necesita continuamente y se aprovecha de él pero da a entender que nunca necesita del otro. Tiene muchísimo miedo. Engaña y suele mentir debido al interés, por supuesto, pero, además, tiene mucho miedo de ser dañado, perjudicado. Apenas se preocupa de los demás, o lo hace cuando él lo considera conveniente, pero no puede ser el otro

quien dirija la acción. Tiene que estar muy confiado y seguro para reconocer algo a los demás. A menudo opera o actúa como si las personas no estuvieran vivas como él.

Sobre todo en primavera y otoño, a la mayoría de nosotros, cuando hace buen tiempo, nos agrada tomar el sol, satisfacernos con el calor que envía, y como es natural no nos preocupamos del astro rey porque no tiene vida sensible. El narcisista «toma» de los demás como si fueran pequeños soles, pero no se preocupa de si son grandes o no, reyes o gente corriente, si viven o son inanimados, no tiene miramiento y puede hacer daño tomando lo que no es suyo. No acostumbra a preocuparse demasiado, las personas están ahí casi como cuerpos inertes y él toma si puede. Le es muy difícil ser bueno y hacer el bien. El narcisista «ama» con *éros* y es muy necesitado y dependiente. Se comporta, no obstante, como si fuera independiente pero es falso, lleva una máscara para disimular. Tiene poca sensibilidad o piedad y escasa empatía. No tiene *philia* y *agápe* o aún las tiene dormidas. Eros, el amor del narcisista, gobierna el deseo de comer, de beber, el deseo de una mujer o de un hombre, en una palabra, gobierna todos los deseos, satisfacciones y placeres por altos –como los de **Platón**: bien, belleza, saber, etc.– o sofisticados que sean; y aquí, entre uno y otro deseo del mismo plano, sí que puede intervenir la sublimación. **Freud** pretendía que eros podía sublimarse, transformarse en ternura, pero tal proceder es imposible porque el altruismo, la compasión, la ternura, aunque pueden, en efecto, crecer y decrecer, desarrollarse o extinguirse, son afectos primarios que no proceden de otros. La ternura no procede de la sexualidad.

*Eros, el narcisista siempre quiere ser amado, pero le cuesta mucho amar.* El narcisista impulsado por *éros* es inmaduro como una criatura, pero puede creerse que es un gigante, una maravilla, un oráculo. Siempre hay que escucharlo, habla de él o de su grupo societario como si en el mundo no hubiera nada más, da lecciones con presunción aunque nadie las pida y explica grandes y flojas doctrinas para salvar a los pobres ignorantes. Pero, no tiene bastante bondad, y, *¡nunca despierta el amor de los demás!* Sólo puede estimular el miedo, la inquietud, el rencor y comportamientos interesados. Cuando el narcisismo se hace muy activo se transforma en fanatismo.

Madurez, armonía, tranquilidad, independencia de espíritu y bienestar sólo se consiguen si se ha podido acceder a un equilibrio de los amores. Narcisismo (o egoísmo) y altruismo desmesurados

no son obligados porque los dioses Eros y Agape pueden convivir en paz, sin estorbarse, muy agradablemente. Cuando los dos amores se complementan podemos ser más justos, adquirimos esperanza o confianza y estamos contentos y alegres.



**Rogeli Armengol**  
Muntaner 259, 3er 1ª  
08021 Barcelona  
Tl. 93-209-64-42

## Notas

1. Se trata de la versión castellana, con algunos añadidos explicativos y otros críticos, de la conferencia pronunciada y del texto escrito en las III Jornadas del Departament de Psiquiatria i Psicologia de la Fundació Hospital Sant Pere Claver, con motivo del 50 Aniversario de su fundación.

2. En este trabajo el término narcisista se refiere a una anomalía, a un trastorno del carácter. Se trata de la manifestación de un egoísmo excesivo que suele acabar perjudicando a los otros. El narcisismo necesario para vivir, el narcisismo como «guardián de la vida» como lo considera **Nacht**, entre otros, es el narcisismo adaptado y equilibrado por el altruismo y que por consiguiente no se manifiesta como problema.

3. *Ethikós* procedería de *êthos* (carácter) que, a su vez, se forjaría con *êthos* (hábito, costumbre). Sin embargo, téngase en cuenta la cuestión del temperamento, y, el prudente y armónico equilibrio de **Aristóteles**, al menos en este pasaje: «De ahí que las virtudes no se produzcan ni por naturaleza ni contra naturaleza, sino que nuestro *natural* pueda recibir las y perfeccionarlas mediante costumbre». (1103ª 25-28.) (La cursiva de *natural* es mía.)

4. El placer y el dolor son programas de consciencia básicos y necesarios para la vida animal, como lo son otros programas propios del ser animal: olfato, gusto, vista, etc. Alguno de éstos puede ser prescindible, pero, puesto que el animal se desplaza, no puede prescindir del placer y del dolor porque se extinguiría. Así pues, el placer y el dolor hacen posible la animalidad y la humanidad. Ésta, la humanidad, además, necesita y se identifica con la moralidad que también emerge y necesita de la sensibilidad. La moralidad nace del programa animal altruista y de la sensibilidad; de un tipo particular de sensibilidad que aparece en los humanos, y quizás también en otros mamíferos, denominada piedad o compasión. La moralidad no nace del placer, aunque puede ser muy placentera. El placer es un componente de la sensibilidad. Componentes de la sensibilidad animal y humana son: los sentidos, el placer, el dolor y la piedad. A su vez, la razón que nace de los sentidos, también es aprovechada por la moralidad cuando el humano toma consciencia de su necesidad y de sus modos posibles tal como pensaba **Spinoza**. Luego **Kant** siguió un camino distinto que le condujo a otro mundo. Hay que poder observar que la moralidad participa de la razón pero no procede de la razón ni de otros imposibles confines. Negar esto último es lo que hace

posible mantener la falacia de la llamada falacia naturalista.

5. Llamo amor al altruismo animal propio de la especie *homo*, que en este caso, incluye piedad. El amor es el sentimiento que brota cuando se cumple o ejecuta el programa biológico altruista. Es decir, se siente cuando se da la actuación del programa con el próximo. Sucede como con la vergüenza, y otros afectos o sentimientos, que sólo se sienten, se hacen conscientes en la relación con los otros. El amor como virtud se observa y se siente en la actuación amorosa o generosa y puede crecer o decrecer.

6. «No ofendas a nadie; antes bien, ayuda a todos cuantos puedas.»

7. Como se verá enseguida, creo que no se puede entender suficientemente bien el pensamiento de **Aristóteles** y, por supuesto, el de su *Ética*, si no se comprende que *philia*, antes que amistad significa amor y beneficencia, o, incluso, altruismo. Todo lo concerniente al altruismo o a la filantropía en **Aristóteles** me parece sumamente importante y claramente diferente de la posición de **Platón** con su *éros*. Véase *infra*, nota 8.

Debido a esta intelección de *philia*, a diferencia de **Laín Entralgo**, **Diego Gracia** (1989, p. 601) y otros excelentes pensadores, en lo relativo a la concepción de la relación clínica, sostengo que si *philia* es amor, beneficencia y amistad, la clínica puede incluir beneficencia o altruismo, pero debe excluir amistad.

8. No estoy de acuerdo con el admirado filósofo francés **Comte-Sponville** acerca de cómo propone entender *philia* y *agápe*. Me parece muy importante constatar que **Aristóteles** se destacó en el estudio del amor altruista (*philia*) mientras que **Platón** lo hizo con el amor egoísta, el deseo (*éros*). Pero, no suele observarse que los hechos sucedieron de este modo. Ni **Schopenhauer**, que en su ética de la compasión tanta importancia concedió a *agápe*, entendida como filantropía, vio la trascendencia que **Aristóteles** otorgó al altruismo o filantropía tanto en *Ética* como en *Retórica*.

## Bibliografía

**Aristóteles**. *Ética a Nicómaco*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1985.

**Armengol, R.** (1994). *El pensamiento de Sócrates y el psicoanálisis de Freud*. Barcelona, Fundación Vidal i Barraquer y Ediciones Paidós.

— (1997). «El fanatismo, una perversión del narcisismo», en: *Revista catalana de Psicoanàlisi*, Vol. XIV, nº 2, pp.: 95-118.

— «Conocer y consentir la muerte», en: *Revista de Calidad Asistencial*. Madrid, en prensa.

**Bion, W. R.** (1957). *Volviendo a pensar*. Buenos Aires, Hormé, 1972.

**Camus, A.** (1979). *El verano. Bodas*. Barcelona, Edhasa, 1995.

**Comte-Sponville, A. y Ferry, L.** (1998). *La sabiduría de los modernos*. Barcelona, Ediciones Península, 1999.

**Cortina, A.** (1986). *Ética mínima*. Madrid,

Tecnos.

**Demócrito**. *Los filósofos presocráticos*. Vol. III. Madrid, Gredos, 1980.

**Espinosa, B. (o Spinoza)**. *Ética*. Madrid, Editora Nacional, 1975.

**Freud, S.** (1915-17). *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. Vol. XVI. Buenos Aires, Amorrortu, 1978.

— (1930). *El malestar en la cultura*. Vol. XXI. Buenos Aires, Amorrortu, 1979.

— (1937). *Análisis terminable e interminable*. Vol. XXIII. Buenos Aires, Amorrortu, 1980.

**Gracia, D.** (1989). *Fundamentos de Bioética*. Madrid, Eudema.

— (1995). «Ética médica», en: *Medicina Interna* (Comp.: Farreras y Rozman). Madrid, Harcourt Brace.

**Jaeger, W.** (1947). *La Teología de los primeros Filósofos Griegos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

**Kant, I.** *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Madrid, Espasa Calpe, 1994.

— *Crítica de la razón práctica*. Madrid, Espasa Calpe, 1981.

**Marc Aurelio**. *Meditaciones*. Madrid, Alianza Editorial, 1993.

**Mondolfo, R.** (1969). *La comprensión del sujeto humano en la cultura antigua*. Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1978.

**Nacht, S.** (1971). *Curar con Freud*. Madrid, Editorial Fundamentos, 1972.

**Platón**. «Banquete», en: *Diálogos*, Vol. III. Madrid, Gredos, 1988.

**Rodríguez-Adrados, F.** (1995). *Sociedad, amor y poesía en la Grecia antigua*. Madrid, Alianza Editorial.

**Schopenhauer, A.** *Los dos problemas fundamentales de la ética*. Madrid, Siglo XXI Editores, 1993.

**Séneca, L. A.** *Epístolas morales a Lucilio*, Vol. II. Madrid, Gredos, 1989.

**Voltaire**. *Tratado sobre la tolerancia*. Barcelona, Crítica, 1992.